

INTELECTUALES «UNIDOS»: LA «RENOVACIÓN PERONISTA» Y LAS RAZONES DE UN FRACASO POLÍTICO, DOCTRINARIO Y CULTURAL (1983-1989)

Pablo Ponza
CONICET-IDACOR
Universidad Nacional de Córdoba

Resumen: Este artículo analiza el proceso de autocrítica e intento de actualización doctrinario-identitaria realizado por un grupo o fracción peronista durante la transición a la democracia argentina (1983-1989). En primer lugar, el texto aborda la crisis del Partido Justicialista tras la última Dictadura militar y el surgimiento de la *Renovación Peronista* como alternativa al orden tradicional del partido, después de ser derrotado en las elecciones presidenciales de 1983. En segundo lugar, y más específicamente, analiza las propuestas teóricas y metodológicas de un grupo de intelectuales partidarios nucleados alrededor de la revista *Unidos*, publicación que expresó las ideas más rupturistas de la llamada *Renovación*, que buscó, sin éxito, modernizar la cultura política de un partido sin tradición democrática.

Palabras clave: Intelectuales, Unidos, Renovación Peronista, Transición a la Democracia

Intellectuals «Unidos». «Renovación Peronista» and the reasons of a cultural, political and doctrinaire failure (1983-1989)

Abstract: This article looks at the process of renewal, self-criticism and doctrinal updating from a Peronist wing during the Argentinean transition to democracy (1983-1989). On one hand, the text analyzes the crisis of the *Justicialista* Party crisis after the last military dictatorship and the emergence of the *Renovación Peronista* as an alternative to the traditional order following electoral defeat in 1983. Secondly, and more specifically, it explores the theoretical and methodological proposals from a group of intellectuals gathered around *Unidos* magazine, who expressed the most groundbreaking ideas of the *Renovación*, which unsuccessfully looked to modernize the political culture of a Party without any liberal democratic tradition.

Keywords: Intellectuals, Unidos, Renovación Peronista, Transition to Democracy

1. Introducción

Tras siete largos años de feroz Dictadura militar (1976-1983) se realizaron en Argentina elecciones libres de proscripciones. Si bien reinaba entonces el optimismo por la recuperación de los derechos y garantías constitucionales, los candidatos presidenciales con opciones de triunfo preveían que el gobierno entrante, fuera del color político que fuese, se desempeñaría condicionado por un escenario complejo donde predominaban dos grandes problemas. Por un lado, la degradación social resultante de la acuciante crisis económica heredada de la Dictadura; y por otro, los reclamos de justicia frente a los crímenes del *Estado Terrorista*, la activa resistencia de las Fuerzas Armadas a ser juzgadas, y el pauperismo político provocado por el autoritarismo y la violencia.¹ En dicho contexto de crisis, inestabilidad e incertidumbre, el 30 de octubre de 1983 se realizaron elecciones presidenciales cuyo escrutinio final arrojó la victoria, con el 51,75% de los votos, de la fórmula de la Unión Cívica Radical (UCR), compuesta por Raúl Alfonsín y Víctor Martínez, sobre la fórmula Justicialista (PJ), compuesta por Ítalo Luder y Deolindo Bittel. Dicha derrota constituyó una novedad en la vida política del país, pues por primera vez en su historia el peronismo perdía una elección.

La inesperada derrota desató una crisis interna en el PJ y un importante sector del partido cargó las tintas sobre la anquilosada cúpula dirigencial. Las críticas apuntaban fundamentalmente a dos grandes cuestiones. En primer término, a la burocratización interna y la inexistencia de mecanismos democráticos formales para la promoción de nuevos candidatos. Y en segundo, al clientelismo, la corrupción y la falta de autocrítica respecto de su actuación política durante los traumáticos episodios del pasado reciente. Este artículo tiene como objetivo general caracterizar dichas críticas y, como objetivo específico, analizar las propuestas teóricas y metodológicas de un grupo de intelectuales partidarios reunidos en torno a la revista *Unidos*, una publicación que expresó las ideas más rupturistas de la llamada *Renovación Peronista*.²

1. Según Pablo Gerchunoff y Lucas Llach (2000), Argentina se encontraba entonces en una virtual insolvencia estructural con un déficit público que en 1982 ya había superado el 10% del PIB nacional. En ese período la tasa de inflación subió del 101 al 343%. Asimismo, la persecución política mostraba su costado más pavoroso con la desaparición de 30.000 personas y alrededor de un millón de exiliados, cuyas familias exigían el esclarecimiento de los hechos y el juzgamiento de los responsables. Por su parte los militares, con su capacidad de presión aún intacta, buscaban condicionar a los candidatos presidenciales para mantener y consolidar su impunidad.

2. La revista *Unidos* fue consultada en la sala de Archivos y Colecciones Particulares de la Biblioteca Nacional entre junio y julio de 2014. *Unidos* (1983-1991) fue un importante vocero editorial de la *Renovación*, y si bien no era un órgano oficial, fue el principal vehículo ideológico de un heterogéneo grupo de intelectuales peronistas genéricamente identificados con una *cultura política de izquierda*. Su director fue Carlos «Chacho» Álvarez; Eduardo Covarrubias su coordinador general, y Darío Alessandro, Martín Aranovich y Alfredo Borenstein sus editores. Del primero al sexto número la Secretaría de Redacción estuvo compuesta por Carlos Mundt, Adolfo Rimedio y Norberto Ivancich, pero en sucesivas entregas se integraron Arturo Armada, Salvador Ferla, Norberto Marafiori, Enrique

Nuestra hipótesis propone que la *Renovación* fue una expresión heterogénea donde convivieron sectores del peronismo con ideologías opuestas pero con un mismo objetivo de origen: desplazar de la dirección del partido a la antigua conducción. Si bien la *Renovación* logró impulsar una revisión crítica de la actuación política peronista durante el pasado reciente, una modernización del método, el lenguaje y de la concepción partidaria en un contexto democrático, finalmente no consiguió consolidar la alternativa más progresista dentro del partido. Desde nuestro punto de vista, el fracaso que significó la derrota de la fórmula Antonio Cafiero/José Manuel De La Sota, frente a la de Carlos Menem/Eduardo Duhalde en las internas presidenciales de 1988, habría tenido dos causas principales. En primer lugar, la propuesta política se planteó de manera incoherente respecto de la tradición política en clave nacional y popular. Es decir, desde el principio de la transición Cafiero se mostró admirador y tributario del discurso democrático alfonsinista, un discurso en clave republicana y liberal completamente ajeno a la tradición peronista clásica. Esto generó un ideario sin contraste que fue linealmente identificado en sintonía y continuidad con el gobierno saliente, y no como una alternativa. Vistos los resultados y la inclinación de los afiliados peronistas en las elecciones internas, inferimos que su *cultura política* solo admitía entonces el pragmatismo y la confrontación como principal repertorio de identificación y reorganización interna, dejando sin apoyo significativo a las expresiones disidentes.

La segunda razón del fracaso tiene que ver con la actitud conciliadora de Cafiero o la falta de un liderazgo fuerte por parte del ala más incisiva de la *Renovación*, vinculada a la revista *Unidos*. La *Renovación cafierista* evitó en varias ocasiones acometer a fondo las críticas por no provocar la ruptura y perder peso en la estructura partidaria. Por su parte, la *vieja guardia* burocrática —sin duda debilitada por la derrota electoral de 1983 y las legislativas de 1985— logró mantener las posiciones estratégicas que le permitieron atravesar la crisis y alinearse tras un liderazgo fuerte y conservador como el de Menem, quien no solo recogió las voluntades marginadas durante el largo y sinuoso proceso de recambio generacional que transcurrió entre las presidenciales de 1983 y las de 1989, sino que capitalizó políticamente el proceso de autocrítica desarrollado por el sector más progresista de la *Renovación*.³

Martínez, Vicente Palermo, Felipe Solá y Mario Wainfeld, a quienes les siguieron Horacio González, Hugo Chumbita, Víctor Pesce, Vicente Díaz Amo, Martín Aranovich; o colaboradores como Oscar Landi, Claudio Lozano, José Pablo Feinmann, Álvaro Abós, Nicolás Casullo, Pablo Bergel, Cecilia Delpech, Roberto Marafioti, Mona Moncalvillo, Ariel Colombo, Diana Dukelsky, Ernesto López, Artemio López, Julio Godio, Daniel García Delgado, Alcira Argumedo, entre otros.

3. Pablo Ibáñez (2014) señala que la decadencia de la *Renovación* coincide con la derrota de Cafiero en las internas peronistas, una derrota que tuvo un componente logístico determinante aunque poco difundido. Según Ibáñez, a principios de 1988 Cafiero recibió a Julio Mera Figueroa —enviado por Menem— en sus oficinas del tercer piso de Suipacha 414. Mera Figueroa portaba un ultimátum: la elección interna debía realizarse el 10 de julio y, además, debía ser una elección con boleta corta que definiera la supremacía entre Cafiero y Menem. Es decir, debía ser una elección que

Comenzaremos la exploración preguntándonos: ¿Con qué argumentos políticos la UCR consiguió el triunfo? y ¿cuál fue el error estratégico del PJ? Avanzaremos luego en el conflicto interno del PJ, en la competencia por la cúspide del partido que llevaron adelante *Renovadores vs. Ortodoxos*, y analizaremos las propuestas del ala más intelectual y crítica de la llamada *Renovación*, reunida, fundamentalmente, alrededor de la revista *Unidos*.

2. Herencia dictatorial y transición a la democracia: Alfonsín vs. Luder

Guillermo O'Donnell (1988), Alfredo Pucciarelli (2006) y Roberto Gargarella (2010) coinciden en señalar que el principal éxito político de la UCR sobre el PJ radicó en instalar y adjudicarse para su propio beneficio el clivaje *Democracia vs. Autoritarismo*. La actitud crítica y propositiva de Alfonsín respecto del pasado reciente tuvo gran aceptación, a diferencia del discurso tenso de Luder-Bittel, que apostó por la confrontación discursiva y la exaltación de los símbolos y rituales típicamente partidarios. Alfonsín optó por un discurso moderado que logró persuadir al electorado indeciso y libre de fidelidades partidarias.

Otro acierto de Alfonsín radicó en el carácter fundacional de sus definiciones sobre la democracia. Desde una perspectiva republicana y liberal, buscó regenerar la idea del origen y legitimidad última del ejercicio del poder anclados en la voluntad de las mayorías, y atribuyó un valor medular a la tolerancia frente a las diferencias y el respeto a los procedimientos institucionales (Ponza, 2013). Según Gerardo Aboy Carlés (2004), buena parte del éxito del discurso alfonsinista radicó en el efecto frontera que causó su narrativa, construida a partir de una doble ruptura: por una parte, una ruptura con el pasado reciente cuya imagen estaba directamente asociada al autoritarismo y el horror. Y por otra, confrontó ese pasado con la promesa del pleno Estado de derecho. Asimismo, logró asociar exitosamente la vigencia de la democracia con la idea de prosperidad, para cuya concreción era imprescindible una nueva cultura política que permitiera eliminar el faccionalismo disruptivo del sistema político y los enfrentamientos partidarios intestinos tan propios del peronismo.

Para Norberto Ivancich (*Unidos*, 1984) el radicalismo propuso una estrategia clara, planteó la antinomia *Democracia vs. Autoritarismo* y se autodefinió como la única expresión posible de democracia. La táctica consistió en atacar

no pusiera en juego otras candidaturas, ni las de gobernador, senadores, diputados o intendentes. De no ser así, Menem rompería con el partido presentando su candidatura fuera del partido. Cafiero aceptó a regañadientes y en contra de la opinión de Carlos «Chacho» Álvarez y las dudas de Daniel Castruccio. Cafiero aceptó la propuesta de Menem porque consideró que el peronismo debía estar unido (de allí la revista *Unidos*), y porque creyó que aun bajo esas condiciones vencería a Menem. Pero se equivocó, perdió en 18 provincias, entre ellas Buenos Aires. Menem, con Eduardo Duhalde como vice, sumó 833.353 votos, y Cafiero, con José Manuel de la Sota, 711.596.

al peronismo, fundamentalmente denunciando durante su campaña un presunto pacto sindical-militar. El objetivo de Alfonsín, asegura Ivancich, era polarizar al electorado identificando componentes autoritarios, violentos y fascistas no solo en las Fuerzas Armadas, sino también en el peronismo. Esta operación pretendió abstraer a la UCR de sus responsabilidades durante el pasado reciente, permitiéndole ocupar un rol casi exterior en la gestión del nuevo orden. Para Ivancich, dicha operación política era posible porque «el peronismo no discriminó su pasado, y apareció asumiéndolo todo. No entendió que sin hacer una evaluación del último tramo del gobierno de Isabel (María Estela Martínez de Perón) era imposible remontar la identidad» (*Unidos*, 1984: 73). O, como decía Horacio González: «nadie cree que va a fundar algo si no hace cortes históricos de suficiente generalidad que inhabiliten las lógicas anteriores» (*Unidos*, 1986: 36).

Con gran sentido de la oportunidad, Alfonsín puso en circulación una síntesis histórica que se impuso como marco interpretativo de las traumáticas experiencias colectivas vividas durante la década de 1970. Dicha síntesis no era históricamente exacta ni pretendía serlo, sino que proponía más bien una lectura esquemática de los acontecimientos con el fin de disminuir la conflictividad y proyectar una memoria oficial que realzara el ideal democrático. Sin embargo, como señala César Tcach (2013), la lectura de los hechos propuesta por Alfonsín omitió deliberadamente importantes matices. Esto se observa, por ejemplo, cuando Alfonsín invitó a María Estela Martínez de Perón al acto de asunción presidencial, creando un hilo conductor entre el proceso democrático anterior y posterior al golpe de 1976, buscando disimular el *Terrorismo de Estado* que desde 1974 Perón y su esposa cobijaban en el gobierno. Para Tcach es fácil comprobar la ausencia de toda reflexión autocrítica en el peronismo, pues antes de las elecciones Ítalo Luder convalidó la Ley 22924 de autoamnistía redactada por los propios militares. Dicha ley buscaba exculparlos de los crímenes cometidos durante el período constitucional 1973-1976. Este dato no es menor, pues pone en evidencia que los propios militares reconocían que las prácticas de *Terrorismo de Estado* habían comenzado antes del golpe militar y bajo gobierno peronista. No obstante, Alfonsín prefirió omitir ese dato, pues prefería mostrarse públicamente como un árbitro ecuánime e imparcial frente al autoritarismo, la violencia, los pactos espurios, la corrupción y la discrecionalidad en la toma de decisiones. Por el contrario, Luder y Bittel —apoyados en los más conspicuos miembros de la ortodoxia partidaria y sindical: las 62 Organizaciones de Lorenzo Miguel, el PJ bonaerense conducido por Herminio Iglesias, y otros líderes nacionales como José María Vernet, Vicente Leónidas Saadi, Jorge Triacca, Alberto Rodríguez Saá, Julio Romero, entre otros—, repitieron la liturgia del peronismo histórico, buscando reforzar valores que eran asociados por buena parte del electorado con una cultura política intolerante, inescrupulosa e incapaz de entonar un *mea culpa*.

Gabriel Vommaro (2008) añade otra diferencia a favor de Alfonsín, quien estaba preocupado por modernizar las formas de percibir la relación entre ciuda-

danos y política. Tanto fue así que categorías conceptuales tan habituales en la artillería discursiva peronista como *clase*, *trabajador* o *pueblo* cayeron en desuso, dando lugar a nuevas formas para identificar al hombre común, quien pasó a ser el *independiente*, el *indeciso* o sencillamente la *gente*. Es decir, los sujetos de representación comenzaron a ser definidos como personas imprevisibles, no sometidas a identidades político-partidarias estables. El votante pasó a ser considerado parte de una audiencia susceptible de persuasión, un público con especificidades y en virtud del cual se ponía en funcionamiento la estructura partidaria con fines electorales.

3. Perón y la jefatura del partido. La Renovación y la identidad peronista en juego

La muerte de Perón en 1974 afectó profundamente la naturaleza del Movimiento y su expresión partidaria, pues hasta entonces su espíritu doctrinario se resumía en las virtudes de su conductor. El primer efecto de la desaparición del líder fue la alteración del modelo de Jefatura y la vacancia de un lugar unívoco en la enunciación e interpretación del peronismo. Esta situación tuvo dos consecuencias. Por un lado, desnudó la desproporción del poder concentrado en la jefatura; y, por otro, la precariedad institucional del Movimiento. Para María Teresa Brachetta (2007), a diferencia de la aglutinación que logró la UCR en torno al liderazgo de Alfonsín tras la muerte de Perón, en el PJ sobrevino la descomposición ideológica y el faccionalismo. Sin embargo, el proceso fratricida que había estallado ya en Ezeiza (1973) fue momentáneamente pospuesto por la Dictadura en 1976, y repuesto siete años después por la apertura democrática. Es decir, la actualización de los antagonismos entre la derecha y la izquierda del partido durante la transición, habría sido la principal razón por la cual el poder sindical se agrupó junto a los elementos más tradicionales y retardatarios del partido, haciendo inaudibles aquellas voces que reclamaban una modernización democrática.

Martina Garategaray (2010) advierte que la muerte de Perón significó el fin del arbitrio natural de las diferencias internas, de allí que en ese período el peronismo viviera al filo de la fractura y del estallido de sus identidades. En este punto, Gabriela Closa (2006) señala que la inestabilidad política argentina fue un factor de fuerte incidencia en la diversificación de las identidades, por cuanto los prolongados períodos de proscripción del peronismo desfavorecieron las expresiones articuladas e instituidas. A diferencia de los liderazgos tradicionales, la incipiente *Renovación* mostró un mayor pluralismo partidario. Para Closa, tras el triunfo de Alfonsín la naciente *Renovación* tomó nota de los errores y centró su atención en la necesidad de revisar el pasado, fortalecer el ejercicio político y democratizar la estructura partidaria, marcando claras diferencias con la ortodoxia que se identificaba con el pensamiento clásico de Perón y una conducción de derechas.

Por su parte, Chacho Álvarez (*Unidos*, 1983: 59), en un artículo titulado «El tercer gobierno de Perón», argumentó que la violencia de los setenta provocó una desviación ideológica en el ala izquierda del peronismo; dicha violencia, sumada a la inexistencia de un partido fuerte, de un aparato propagandístico coherente, y a la crisis de participación orgánica, ocasionaron un enorme vacío organizativo en el Movimiento. Una vez muerto Perón se desató la lucha fratricida por la hegemonía del Movimiento y los enfrentamientos impidieron la institucionalización democrática de una nueva autoridad política.

4. Renovadores vs. ortodoxos, cambio generacional y enfrentamiento interno

Como recuerda Marcelo Cavarozzi (1997), el enfrentamiento entre ortodoxos y renovadores fue tal que Cafiero, en Buenos Aires, optó por presentarse a las legislativas de 1985 con una lista independiente, ya que Herminio Iglesias, secretario general del PJ, se negó a llamar a elecciones internas. De allí que el 9 de diciembre de 1984 los renovadores constituyeran su propia conducción y presentaran públicamente sus reivindicaciones. De modo que, a solo seis días del primer Congreso del PJ en el Teatro Odeón de Buenos Aires, se creó el Frente de Renovación Peronista. El frente estaba compuesto por el Movimiento de Unidad, Solidaridad y Organización (MUSO), Convocatoria Peronista y el Frente de la Unidad Peronista, liderados por Antonio Cafiero, Carlos Grosso y Eduardo Vaca, respectivamente. Asimismo, en un primer momento, se sumó la llamada Liga de Gobernadores, liderada por Carlos Juárez, Vicente Saadi y Carlos Menem, gobernadores de Santiago del Estero, Catamarca y La Rioja, respectivamente. A ellos hay que añadir a dirigentes como Raúl Bercovich Rodríguez, candidato a gobernador de Córdoba; José Manuel de la Sota, referente de la *Renovación* de Córdoba; Eduardo Duhalde, intendente del popular partido de Lomas de Zamora, la Comisión de los 25 y los ex CGT Azopardo, donde confluían diversos líderes sindicales en disidencia con la conducción de Iglesias y Miguel, solo por mencionar a los más destacados. Si bien este conglomerado mostraba gran heterogeneidad en la procedencia, trayectoria e ideología, todos coincidían en la necesidad de desplazar a la conducción e institucionalizar mecanismos democráticos para la promoción de nuevos liderazgos y candidaturas.

En su acción inaugural el flamante Frente de Renovación Peronista solicitó, en primer lugar, el establecimiento del voto directo para la elección de autoridades y candidatos en general. En segundo término, la renuncia del Consejo Nacional del PJ. Y en tercer lugar, llamaron a una convocatoria a elecciones para la designación de autoridades internas. Para Cafiero, principal referente e impulsor de la *Renovación* en la provincia de Buenos Aires, la derrota frente a la UCR hizo explícita la necesidad de llevar a cabo un cambio generacional y puso de manifiesto el inicio de una nueva época, de un nuevo ciclo político

y electoral.⁴ Pero ¿cuáles eran las características distintivas de la *Renovación Peronista*? ¿Era homogénea su trama interior? ¿Qué la distinguía de la ortodoxia partidaria?

A nuestro juicio, la llamada *Renovación* nació como expresión de recambio en un proceso transicional que provocó una abrupta transformación en las percepciones políticas del electorado. Dicha transformación permitió el alineamiento momentáneo de distintas expresiones ideológicas que circulaban en el PJ, que posiblemente, en circunstancias más estables, no habrían convivido. Quizá por eso algunos líderes como Menem y Duhalde, oriundos del más profundo y tradicional riñón peronista, compartieron una aproximación coyuntural con intelectuales de herencia de izquierda, como era el caso de Chacho Álvarez, Alcira Argumedo, Adriana Puiggrós, Jorge Luis Bernetti, Horacio González, Nicolás Casullo, Mempo Giardinelli o José Pablo Feinmann, por mencionar a algunos asiduos colaboradores de la revista *Unidos*. O, como señala Marcela Ferrari (2013), las divisiones no eran taxativas, pues había espacios de coexistencia como la Liga de Intendentes, donde confluían 29 intendentes peronistas —renovadores, ortodoxos, independientes— y en la que se debatían los problemas que afectaban a las comunas. Por su composición, la Liga era una instancia de diálogo donde se preservaba la unidad entre compañeros. Allí, por ejemplo, Duhalde desempeñó un papel fundamental como mediador entre sus pares al ser elegido vocero de la agrupación. Tal vez en esa heterogeneidad y en el dinámico reacomodamiento de las alianzas, es donde debemos buscar las explicaciones del comportamiento ambiguo de quienes expresaron primero su descontento con el statu quo y, luego de conseguir posiciones estratégicas dentro de la estructura partidaria, buscaron solventar las disputas y confluír nuevamente con algunos antiguos compañeros de ruta.

Esto se advierte en las largas especulaciones e indefiniciones que siguieron a los tres congresos nacionales del PJ, no solo el del Teatro Odeón, sino también en el de la Ciudad de Río Hondo, el 2 de febrero de 1985, y el de Santa Rosa La Pampa, el 6 de julio de ese mismo año. El objetivo final de esos encuentros fue siempre lograr la unidad, pero estallaron las desavenencias y se registraron desde el abandono de congresales hasta amenazas y golpes de puño. En ese lapso de tiempo coexistieron dos conducciones enfrentadas, pero oficialmente nadie se decidía por el quiebre partidario y los cuadros políticos de segunda línea se debatían entre una y otra opción. Según Ferrari (2013), la dilación

4. Antonio Cafiero ya era en 1983 un importante dirigente peronista; sus méritos y lealtad como militante habían sido reconocidos por el propio Perón en varias ocasiones. Contaba con dilatados antecedentes en la función pública y había participado incluso en el mítico 17 de octubre de 1945, episodio fundacional de la simbología y la liturgia peronista. En 1985 encabezó la lista de diputados nacionales de la provincia de Buenos Aires por el Frente Renovador Justicialista, cargo que desempeñó hasta 1987, cuando fue elegido gobernador de la Provincia y presidente del Consejo Nacional del Partido Justicialista. Cafiero, militante memorioso, destacado orador y polemista, reconoció en 2010 que para ser presidente le faltó ambición y firmeza.

y la indisciplina en la *Renovación* favorecieron la formación de agrupaciones y alianzas entre los ex militantes cercanos a Iglesias que estaban disponibles. Esto se habría conjugado con el desembarco de la corriente Federalismo y Liberación (FyL) que sostenía la consigna «Menem presidente». Para Ferrari no era casual que el gobernador riojano desde comienzos de 1985 manifestara su objetivo y buscara aliados en la Provincia de Buenos Aires, territorio donde se concentra un tercio de los afiliados peronistas del país.

Si analizamos a *Unidos* advertimos que todo era más lento y sin una clara vocación de poder, pues fue recién en agosto de 1985, y en la misma antesala de las elecciones legislativas, cuando la revista publicó un documento de ruptura titulado «Por qué nos vamos».⁵ Si bien el texto había sido redactado por Chacho Álvarez el 19 de febrero de 1985, no se publicó hasta agosto, cuando Cafiero, De La Sota y García quedaron al margen de un acuerdo entre Saadi, Romero y Triaca. Cabe resaltar aquí una inesperada circunstancia: Álvarez no firmó el documento, provocando sorpresa y acusaciones tras conocerse que integraría la lista oficialista de diputados nacionales por la Capital Federal. Recordemos que Chacho Álvarez, desde mayo de 1983, no solo dirigía la revista *Unidos* junto a Álvaro Abós, Salvador Ferla, Norberto Marafiori, Enrique Martínez, Vicente Palermo, Felipe Solá y Mario Wainfeld, sino que ya había expresado reiteradamente su desilusión con el PJ oficialista:

... cualquier cosa será mejor que este aparato corrupto [...] volvamos a soñar un proyecto. [...] Lo que caracteriza a la agonía peronista es el divorcio entre los signos de una cultura política preexistente y una realidad que ya no tiene nada que ver con ella. Cultura política y realidad palpitan cada una por su lado como los bordes desarticulados de un órgano amputado. El congreso de la Pampa, con su recurrencia al pasado y su sujeción a los clichés verbales, es la corporización de ese divorcio. Los líderes allí unidos personifican la nada política: la mujer ausente y el caudillo momificado simbolizan la impotencia de un discurso que gira sobre sí mismo (*Unidos*, 1985: 7-11).

No obstante, Vicente Palermo y Daniel García Delgado (*Unidos*, 1983: 108) no dejaron de mostrar su desagrado con la gestión de Iglesias al frente del PJ y bregaban por el establecimiento de una democracia legítima y estable, que requería no solo de un mejoramiento y una superación de los cuadros en funciones, sino también de la defensa de las reglas del juego interno, de una oposición responsable y de una mayor participación popular. Desde su punto de vista, la estabilidad democrática estaba directamente asociada a la legitimidad de la trama política. Es decir, consideraban que favorecer la participación y la

5. Dicho documento expresó la necesidad de una ruptura, pero reivindicó y ratificó la identidad peronista. El documento fue firmado por Alcira Argumedo, Dora Barrancos, Adriana Puiggrós, Susana Checa, Cristina Bertolucci, Patricia Terrero, Ana María Amado, Bibiana Del Bruto, Aída Quintar, Horacio González, Nicolás Casullo, Mempo Giardinelli, Jorge Luis Bernetti, Álvaro Abós, Jorge Carpio, José Pablo Feinmann, Liliana Furlong, Pedro Krotsch, Roberto Marafioti, Eduardo Moon, Vicente Palermo, Víctor Pesce, Jorge Ramos, Carlos Trillo, Héctor Verde y Mario Wainfeld.

renovación dirigencial era el único camino para superar formas autoritarias «tan incorporadas en nuestros hábitos y tradiciones políticas» (*Unidos*, 1983: 114).

La Renovación es un momento de nuestro desarrollo movimientista, un tiempo de cambios, de rupturas, de fidelidades creativas y de heterodoxias audaces. Renovar al peronismo es también reencauzarlo en su senda, recuperar su insolencia, no claudicar frente a los poderosos, volver a sensibilizarnos en el amor a los humildes. [...] Esto requiere abandonar sectarismos, abrirnos a las nuevas expectativas, ganar voluntades para continuar la tarea de la liberación. [...] No intentamos luchar contra el aparato «conservador» para oponerle el aparatismo renovador. Volver al poder requiere volver al pueblo (*Unidos*, 1985: 57).

Si bien en la provincia de Buenos Aires el ganador de los comicios fue nuevamente el radicalismo, que obtuvo el 41,46% de los votos, el Frente de Renovación para la Justicia, la Democracia y la Participación (FREJUDEPA), conocido también como Frente Renovador Justicialista o, lisa y llanamente, la *Renovación*, alcanzó un 26,98% (11 diputados), frente al magro 9,80% (3 diputados) obtenido por el FREJULI. Para Federico Escher (2007), la derrota del FREJULI tuvo como resultado el quiebre momentáneo de la hegemonía de la derecha en el interior del peronismo y la decadencia de Iglesias al frente del PJ bonaerense. Asimismo, cabe destacar dos cuestiones importantes que gravitarán notoriamente en el futuro político de varios de los referentes de la *Renovación* que participaron en los comicios. Por un lado, dos de los más prominentes miembros de *Unidos*, Chacho Álvarez y Darío Alessandro, se incorporaron como diputados nacionales y Antonio Cafiero catapultó su figura como gobernador de la provincia de Buenos Aires, electo en 1987 junto a su compañero de fórmula Luis María Macaya. Y por otro, Carlos Saúl Menem —competidor aún oculto de Cafiero— quedó a la cabeza de 47 diputados nacionales, perfilándose silenciosamente como serio candidato a las presidenciales de 1989. El efecto de un nuevo triunfo radical empujó todavía más a los renovadores a reclamar un espacio de representación legítimo en el peronismo:

Actualización doctrinaria, renovación dirigencial, cambios metodológicos, son los planteos que sintetizan la necesidad de modificar la situación actual del peronismo. Sin embargo, la crisis del Movimiento parece haberse reducido a su polo renovador, a un discurso de la crisis, es decir a una teorización sobre las causas de nuestro fracaso electoral que no contiene una reformulación teórica y estratégica del propio ser del peronismo (*Unidos*, 1984: 4).

En «El Peronismo se transforma o se muere», Chacho Álvarez sintetizó la identidad política del peronismo y denunció un preocupante congelamiento de la reflexión y las ideas, una cerrazón intransigente sobre el pragmatismo impuesto por las relaciones de fuerza y dominación internas:

El estilo político del peronismo gregario, grabado sobre la matriz del liderazgo carismático, es reproducido por el peronismo plebeyo, y su consecuencia es el clientelismo. Ha desaparecido la profunda verdad social que expresaba aquel fenómeno entonces transformador que significó el ingreso de los sectores populares en el recinto vedado de la política. Hoy [...] el peronismo plebeyo remite a una cultura política ya caduca que solo conserva del peronismo de los cuarenta

sus ritos exteriores. [...] El clientelismo del peronismo plebeyo es una rémora que lo retrotrae a las prácticas del viejo conservadurismo bonaerense de la década infame (*Unidos*, 1984: 58).

Para Nicolás Casullo (*Unidos*, 1985), la nueva derrota electoral frente a la UCR no era un accidente, sino una prueba de que los entramados de ideas, procedimientos y fetichismos políticos del PJ estaban quebrados por las nuevas referencias políticas nacionales y mundiales. Para Casullo, los síntomas de la crisis en la cultura política peronista quedaban en evidencia cuando las nuevas razones y lógicas «generadoras de otros horizontes, otros escenarios, otros valores, otras necesidades, otras subjetividades y otras perspectivas, son neutralizadas, reducidas y desplazadas hacia las sombras por concepciones y formas de un planteo político que se ha convertido en un pétreo ideologismo defensivo camino hacia su ocaso» (*Unidos*, 1985: 31).

5. *Unidos*, las revistas de la transición y el debate político en el contexto de la época

Como vimos, la revista *Unidos* era el vocero editorial de la *Renovación* o, para ser más precisos, era el vocero de la *Renovación* liderada por Cafiero. *Unidos* editó 23 números entre mayo de 1983 y agosto de 1991, y si bien no era un órgano oficial, para Carlos Altamirano (2013) fue el principal vehículo ideológico de un grupo de militantes que se encontraba entonces en proceso de conformación. A lo largo de su existencia participaron del proyecto una heterogénea diversidad de intelectuales y militantes peronistas, muchos de ellos genéricamente identificados con una *cultura política de izquierda*.⁶

Varios de los miembros fundadores de *Unidos* eran antiguos compañeros de la Juventud Peronista Lealtad, amigos de los circuitos universitarios o de experiencias editoriales previas como la revista *Envido* (1970-1973) o *Vísperas* (1979-1982). No obstante, en su primera entrega el colectivo editorial dejó bien claro que, ante todo, eran un grupo de militantes que se proponía «llevar a cabo una pelea por las ideas [...] con la diversidad de matices que conforman un mismo sistema de pensamiento» (*Unidos*, 1983: 2). Esquemáticamente podemos ubi-

6. Cabe aclarar, como lo ha hecho Saúl Sosnoski y Roxana Patiño (1999), que el concepto de *cultura política* debe ser entendido como un conjunto de valores, creencias y actitudes que marcan la perspectiva política de los individuos y los grupos sociales. Asimismo, como ha propuesto Carlos Altamirano (2001), al hablar de cultura política de izquierda nos referimos a un subconjunto de significaciones que han distinguido a un sector de la vida política local, concretamente nos referimos al colectivo que durante los llamados *sesentas-setentas* construyeron simbolismos alrededor de eventos como el bombardeo a la Plaza de Mayo (1955), la proscripción, la Resistencia Peronista, la Revolución Cubana (1959), el *Cordobazo* (1969), entre otros episodios. Un sector cuya percepción política fue influenciada por corrientes de pensamiento como el nacionalismo popular, el marxismo humanista, el existencialismo sartreano o el discurso post-Concilio Vaticano II, solo por mencionar algunos de los iconos de la época.

car a *Unidos* en el polo nacional, popular y peronista junto a otras revistas político-culturales de la época como *Jotapé*, *Crear*, *Línea* o *Cuadernos de la Comuna*, que mantenían un diálogo, a veces tácito a veces explícito, con el campo socialista democrático ocupado principalmente por *La Ciudad Futura* (1986-1994), *Punto de Vista* (1978-2008) y *Plural* (1985-1998).

Coincidiendo con Claudia Gilman (2003), Roxana Patiño (2006) y Horacio Tarcus (2007), la importancia de analizar esta clase de revistas radica, por un lado, en que fueron deliberadamente creadas como herramientas de debate, opinión e intervención en el campo político e intelectual de la época. Y por otro, porque funcionaron como canal de enunciación e intervención pública, constituyendo una forma privilegiada de militancia política y cultural. A través de estas revistas podemos observar las distintas trayectorias dentro del campo cultural y militante que, tras varios años de censuras y exilios, buscaban reacomodarse a las nuevas condiciones planteadas por la democracia.

El derrotero editorial de *Unidos* siempre estuvo sujeto a la vida y las tribulaciones políticas de la *Renovación Peronista*. Tanto su distribución como su tirada estuvieron vinculadas a la actividad militante de sus miembros, ya que, desde la sede de la calle Gurruchaga en la ciudad de Buenos Aires, circuló de mano en mano por distintas unidades básicas afines al proyecto renovador, e incorporó o desafectó miembros en directa proporción con las responsabilidades políticas que cada uno de ellos asumiera. *Unidos* alcanzó un pico de tirada bimestral de 3.000 ejemplares entre el número doble 7-8 (1985) y el número 19 (1988). Dicho pico comenzó su ascenso con el *Manifiesto fundacional de la Renovación Peronista*, redactado por Chacho Álvarez para las elecciones legislativas de noviembre de 1985, y comenzó su descenso el 9 julio de 1988, tras el triunfo de la fórmula presidencial Carlos Menem-Eduardo Duhalde frente a Antonio Cafiero-Juan Manuel De La Sota, en las primeras elecciones internas en la historia con voto directo de los afiliados, y donde se tomó al país como distrito único. El triunfo de Menem marcó el naufragio de la *Renovación* y la decadencia de *Unidos*, que a partir de allí pasó a lanzar entregas cuatrimestrales de solo 2.000 ejemplares, hasta su desaparición.

Cabe destacar que, en un primer momento, *Unidos* acompañó en silencio a Luder-Bittel, y no fue hasta el triunfo de Alfonsín cuando mostró su costado más crítico con lo que denominó la tradición ortodoxa y autoritaria del peronismo, un costado crítico que se expresó con plenitud desde los números 2, 3 y 4. A partir de entonces la revista desató un turbulento intercambio alrededor de las causas de la derrota y rápidamente tomó posición definiendo su tarea en base a tres objetivos: en primer lugar, se propuso hacer una reflexión crítica sobre la experiencia política del pasado reciente, fundamentalmente de los años setenta, cuando la derecha y la izquierda se enfrentaron en una guerra de aparatos. En segundo término, promover una actualización dirigencial y doctrinaria acorde al nuevo escenario que imponía la transición. Y por último, convertir nuevamente al peronismo en una opción de gobierno. Durante un discurso en Los Toldos, provincia de Buenos Aires, Antonio Cafiero (1987) señalaba: «la noche del 30 de

octubre (1983) nos avergonzó como peronistas [...] aquí no ha caído derrotado ni Perón ni Eva Perón, sino una cúpula de dirigentes que no los han sabido interpretar. Nosotros vamos a reconquistar el peronismo de la victoria, nosotros le vamos a devolver a todos los peronistas la dignidad y la alegría de llamarse peronistas».

Unidos se planteó dos líneas de discusión, una interna y otra externa. En cuanto a la línea interna, hemos observado que dirigió una serie de cuestionamientos específicos hacia el interior del partido, enfocándose especialmente en su actuación durante la década de 1970, en el autoritarismo, dogmatismo y verticalismo de su estructura. En este aspecto, la crítica de *Unidos* y la *Renovación* fue homogénea, sinérgica y sin fisuras. Sin embargo, no ocurrió lo mismo en el debate político externo, donde su posicionamiento mostró dificultades para elaborar un perfil novedoso tanto respecto del gobierno como de la línea tradicional del partido. Con matices, la *Renovación* expresó claras influencias del discurso alfonsinista, hecho que generó dudas en cuanto a su pertenencia e identidad. Pero también tuvo desavenencias y disputas con el gobierno; por ejemplo, debatió qué debía hacerse con los militares implicados en los crímenes de lesa humanidad; discutió si era necesario conformar una comisión investigadora bicameral para examinar las desapariciones de personas; si la democracia debía ser o no aceptada por todos con independencia de la orientación económica o social que el gobierno quisiera darle; y si las rutinas procedimentales del sistema eran la cuestión central a definir en esta fase de la transición. No obstante los cuestionamientos mencionados, la *Renovación* parece haberse quedado a mitad de camino, pues adquirió como propios algunos rasgos del alfonsinismo sin innovar con eficacia en una perspectiva no liberal de la democracia. Volveremos sobre este punto un poco más adelante, pues nos concentraremos ahora en la línea de debate interno y la revisión crítica de su actuación política durante 1973-1976.

6. *Unidos*: revisión del pasado y crítica a la violencia de 1973-1976

Lo más jugoso del debate interno de la *Renovación* expresada por los intelectuales de *Unidos* pasó por la revisión crítica de las expresiones armadas peronistas. En dicha revisión quedaron claras dos cuestiones. Por un lado, la impugnación de Montoneros y toda vía armada que pretendiera conseguir objetivos políticos a través de la violencia. Y por otro, la resignificación positiva de la política y la democracia. Por caso, en el número 2 de la revista se consigna una breve reseña de artículos donde figuran, entre otros: «El gobierno peronista 1973-1976: los Montoneros», de Norberto Ivancich y Mario Wainfeld, texto destinado a iniciar un comprometido análisis histórico, político e ideológico de la actuación de la izquierda más radicalizada durante la década del setenta:

Cuando nos reunimos para dar luz a esta publicación, uno de los primeros acuerdos fue la necesidad de reflexionar sobre el pasado reciente [...] lo que se escriba será punto de partida para una profundización que creemos imprescindible, fundamentalmente cuando la alternativa del poder gubernamental desafía la vigencia de la «Revolución Peronista». [...] Sirva entonces este esfuerzo, no sólo para que los errores no vuelvan a repetirse, sino también para que no existan inocentes que se presten a ser conducidos hacia un suicidio (*Unidos*, 1983: 3).

Ivancich y Wainfeld (1983) procuraron desentrañar ¿por qué Montoneros optó por la violencia? y ¿por qué fueron expulsados del Movimiento? Pero, en el fondo, dichos interrogantes les permitieron dar cuenta del crepúsculo de ciertos iconos revolucionarios. Para ello realizaron un detallado repaso por diferentes experiencias en la historia argentina. Observaron, por ejemplo, cómo en los períodos 1916-1930 y 1946-1955, la presencia de las mayorías posibilitó la paz social, y cómo la agudización de la violencia coincidió con el golpe de 1955. Recordaron la *Resistencia peronista*, la proscripción de las mayorías, el bombardeo a la Plaza de Mayo, el fusilamiento del general Valle, las masacres perpetradas en los basurales de Lanús y José León Suárez, el golpe de Onganía y el Cordobazo, como algunos de los hechos que habrían justificado la emergencia de Montoneros. Por otra parte, y en tono crítico, visualizaron en el asesinato de líderes sindicales como Vandor y Alonso un anticipo de ciertas características recurrentes en el accionar de la guerrilla, a saber: 1) el ejercicio de la violencia en el interior del Movimiento en contra de la conducción sindical; 2) la muerte como forma de venganza y como medio para dirimir diferencias políticas, y 3) como una práctica de pequeños cenáculos armados. No obstante, a pesar de las críticas y aun reconociendo su opción por la aplicación mecánica del modelo vietnamita y cubano, para los autores los Montoneros nunca dejaron de ser peronistas.

También José Pablo Feinmann, en «A dónde va el Peronismo» (*Unidos*, núm. 4), apuntó críticas contra el peronismo armado. Feinmann analizó sus características ideológicas, sus modos de hacer política, su idea de pueblo como sujeto político, su propensión a la acumulación de poder y su naturaleza movimientista. Se mostró sensibilizado contra la violencia de Montoneros, pero repartió responsabilidades cuestionando el papel jugado por Perón y la derecha del Movimiento frente a la guerrilla:

Todos recordamos al Perón de la etapa del exilio. Aquel Perón que mandaba una corona al entierro de cada guerrillero, el Perón que habló de las Formaciones Especiales, el Perón que justificó la violencia. Recordamos también que en aquel entonces la guerrilla gozaba de consenso. [...] era una expresión no deseada por nadie pero legítima, en la medida que surgía de una situación de injusticia. [...] Pero una vez que las organizaciones guerrilleras se apartan de una política popular y pasan a formar un grupo enquistado, se forma otro grupo que opera con la misma irracionalidad, con el mismo desprecio por el pueblo y las mayorías nacionales (*Unidos*, 1984: 26).

Un poco más adelante, Hugo Chumbita, en «La revolución ya no huele a pólvora» (*Unidos*, núm. 11-12), retomó la crítica contra Montoneros, señalando que

no se podía llamar revolución a un simple intento de asalto al poder político, sino que una revolución debía concebirse como una profunda transformación social, cultural y económica; como una transformación integral de las relaciones de propiedad, de las formas productivas y el régimen legal. Pero, sobre todo, una revolución debía ser pensada como un cambio de paradigma en los valores, las creencias y la organización del gobierno. A su juicio, dicha transformación debía darse como resultado de un largo proceso y no como consecuencia de la súbita conquista por la fuerza de la cúpula del Estado (*Unidos*, 1986: 90).

7. Liberalismo político vs. democracia popular: las influencias del alfonsinismo

En cuanto a la línea de debate externo, la *Renovación* y *Unidos* apuntaron sus críticas fundamentalmente al signo económico adoptado por el gobierno de la UCR, caracterizado, según Ricardo Ortiz y Martín Schorr (2006), por el avance de grupos económicos concentrados nacionales y extranjeros que obtuvieron las facilidades para apropiarse tanto de la producción como de la comercialización de bienes y productos, el control de precios y el manejo de la oferta en rubros como el agro, el petróleo, la industria, la construcción, el comercio, los servicios y las finanzas. De allí que, desde un paradigma capitalista eminentemente nacional, la *Renovación cafierista* retomara la idea de la justicia social, el pleno empleo y el acceso directo, como clase, de los trabajadores en la política y las decisiones respecto al desarrollo económico de la nación. Si bien algunos colaboradores como Álvarez, Feinmann o González cuestionaron la perspectiva liberal del discurso alfonsinista, en especial la preponderancia dada a los aspectos procedimentales por sobre los sociales, y la inclinación del gobierno a delegar tareas administrativas a técnicos o mediadores profesionales, Cafiero parece haber estado profundamente influenciado no solo por el liderazgo y carisma de Alfonsín, sino también por el paradigma democrático y la síntesis histórica expresada en su relato. Cafiero no solo no confrontó con la construcción conceptual alfonsinista, sino que la apoyó abiertamente en el referéndum por el Canal del Beagle⁷ y frente a los tres alzamientos militares *Carapintadas* de 1987 y 1988. Varias expresiones dan cuenta de ello; por ejemplo, en 2009 Cafiero decía recordando a Alfonsín: «Yo tuve dos maestros en mi vida política que me enseñaron todo lo que sé o mal sé. Uno se llamó Juan Domingo Perón, el otro Raúl Alfonsín». También Salvador Ferla (*Unidos*, 1985), en un artículo titulado «Orígenes y perpetuación de la trage-

7. Desde 1856 Argentina mantuvo un conflicto limítrofe con Chile por el Canal de Beagle, ubicado en el extremo sur del país. En 1984 Alfonsín se propuso terminar definitivamente con dicho litigio y llamó a un plebiscito (una consulta popular no vinculante) para decidir si la mediación papal era considerada útil y necesaria. El resultado de la consulta dio un aplastante resultado a favor del gobierno, que poco tiempo después firmó un tratado de paz con el gobierno chileno.

dia», dio cuenta de la cercanía de la *Renovación cafierista* respecto de Alfonsín y sus ideales, señalando que su crítica no era política sino que se limitaba al área económico-financiera:

Este gobierno encarna la legalidad democrática, primaria, formal, liberal, que no es desdeñable, porque si aseguramos su continuidad, inexorablemente, ha de impregnarse de contenidos sociales. La única misión histórica de Alfonsín sea tal vez la de poner en caja a los militares y entregar el poder a un sucesor elegido por el pueblo. Pero la crisis económica que agobia, desquicia e irrita, constituye un desafío que pone en peligro el objetivo histórico

y refiriéndose al peronismo señala:

Esta rosca, que ha tomado por asalto el control del partido carece de ideología, de proyecto y de conducta civilizada, y solo manifiesta sensualidad de poder, espíritu de acomodo, usufructo de cargos y prebendas [...]. La rosca sabe que con su abuso de poder y su burla sonora a las bases del peronismo deja de ser movimiento y herramienta de transformación social para achicarse a un simple grupo de presión (*Unidos*, 1985: 48-51).

De ahí que el interrogante controversial planteado desde *Unidos* fuera: ¿Qué ocurre con la esfera económico-social y la clase trabajadora como fuerza social una vez conquistada la democracia política, una vez constituido su aparato institucional republicano?

Los editores de *Unidos* distinguieron tanto el Estado de la esfera social, como la esfera social de los principios de distribución económica que implementaba el gobierno, pues buscaban retomar el valor sustantivo de la ida de democracia y ciudadanía propuesta por Perón en los años cuarenta como herramienta de inclusión social. Dicha idea había puesto en cuestión la fórmula liberal de separar abstractamente Estado y Política de Sociedad Civil. Justamente la novedad de Perón en términos de ciudadanía había consistido en subordinar los derechos individuales y las relaciones políticas a la esfera social y económica de la sociedad civil (James, 1990). Es decir, implementar derechos en la órbita política debía implicar una transformación concreta de las condiciones sociales y materiales de vida de los trabajadores. Al subrayar la dimensión social de la ciudadanía se realizaba la idea de que la única democracia posible era una democracia con justicia social. Dicha perspectiva relativizó las demandas políticas del liberalismo republicano y desafió de forma explícita la validez de un concepto de democracia limitado al goce de los derechos políticos formales, que eran, a su entender, parte de una fraseología liberal que obviaba las divisiones sociales más elementales del capitalismo.

Por esa razón, para Vicente Palermo y Daniel García Delgado (*Unidos*, 1983), toda preocupación sobre la estabilidad democrática debía ser también una preocupación sobre las condiciones políticas que posibilitan la participación y la justicia social. Desde su perspectiva, la construcción eficaz de esa nueva cultura política democrática dependía más de la eficacia lograda en un paulatino proceso de apropiación y participación ciudadana plural, que de las rutinas procedimentales en sí mismas:

Desarrollar las posibilidades de participación equivale a superar las formas autoritarias que, muchas veces sin saberlo, aportamos todos en alguna medida, y que son la base última y más sólida de las irrupciones autoritarias en el Estado. De manera que la participación fortalece las condiciones de consolidación de la democracia. [...] la modalidad autoritaria, tan incorporada en nuestros hábitos y tradiciones políticas y sociales, no se superará con el simple desplazamiento de la dictadura (*Unidos*, 1983: 109).

Según Cecilia Lesgart (2013), con el legalismo formal abstracto Alfonsín alcanzó una síntesis contingente entre democracia y liberalismo político. Las reglas objetivas del Estado ofrecían un espacio neutral donde posponer la confrontación, racionalizar las luchas y diluir las pasiones políticas del pasado reciente. Para Lesgart, desde el gobierno de Alfonsín hubo un intento deliberado por despolitizar las pasiones, un intento por desplazarlas hacia ámbitos no políticos o privados. Para la autora, la paradoja del debate sobre la democracia moderna radicó en encontrar respuesta al interrogante: ¿cómo integrar la identidad y la equivalencia de los sujetos de una democracia de masas, con la pluralidad y la diferenciación individual típicamente liberal?

Los editores de *Unidos* discutieron algunos aspectos de la perspectiva liberal expresada por Alfonsín, en especial la de sus asesores Juan Carlos Portantiero (1988) y Emilio De Ípola (1987), miembros del llamado Grupo Esmeralda,⁸ pero también la de Norbert Lechner (1990) y Norberto Bobbio (1984-1985), solo por mencionar cuatro autores claves en el debate político conceptual de la época. Sin embargo, sus críticas no eran visibles fuera del contexto editorial e intelectual de *Unidos*, ni tampoco prosperaron en propuestas programáticas. En una apretada síntesis podemos decir que Portantiero y De Ípola proponían entender la noción de pacto en una doble dimensión. Por un lado el *pacto constitucional*, que suponía un *pacto político* de reglas en un sistema de competencia de partidos en el cual todos parecían estar de acuerdo. Y por otro, el *pacto social*, una concertación a través de la cual los actores con vínculos conflictivos: empresariado, sindicatos, partidos y Estado, se comprometían a gestionar y dirimir sus diferencias en paz y teniendo en cuenta un mismo horizonte de futuro. Es decir, recaían en una visión liberal que no integraba la idea de justicia social como eje del sistema.

Dichas discusiones fueron reflejadas por *Unidos*, por ejemplo en el número 6, a propósito de una mesa redonda organizada por el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET), que reunió a dos de los directores de *La Ciudad Futura*, José Aricó y Juan Carlos Portantiero; a Carlos Altamirano de

8. El Grupo Esmeralda asesoraba al presidente. Estaba compuesto por politólogos, sociólogos, semiólogos, comunicadores, abogados y otros especialistas. Hicieron un valioso aporte al pensamiento político, la construcción discursiva y argumentativa de Alfonsín, que tuvo una gran aceptación e impacto en las clases medias urbanas y letradas. El Grupo Esmeralda fue organizado por Meyer Goodbar y Eduardo Issaharoff; coordinado por Margarita Graziano y compuesto por Carlos Nino, Portantiero, De Ípola, Daniel Lutsky, Gabriel Kessler, Claudia Hilb, Pablo Giussani, Sergio Bufano, Hugo Rapoport, Eva y Marcela Goodbar, Marcelo Cosin y Damián Tabarovsky.

Punto de Vista, y a peronistas vinculados a *Unidos* como Alcira Argumedo, Nicolás Casullo, José Pablo Feinmann, Julio Bárbaro, Chacho Álvarez y Vicente Palermo. La mesa fue coordinada por Víctor Pesce y el debate se abrió en torno a la pregunta que más preocupaba a los peronistas: «¿Es posible que la urgencia de la cuestión democrática en la Argentina pueda desplazar la cuestión nacional y social?» (*Unidos*, 1985: 116). Desde el comienzo Chacho Álvarez polemizó con los miembros de *La Ciudad Futura* y *Punto de Vista*:

Deberían saber a esta altura de la historia argentina que salir del provincialismo cultural y romper con la supuesta cultura del pueblo demanda algo más que la lectura de los teóricos europeos. [...] Es fantástico escuchar a pensadores del socialismo democrático explicar la necesidad de estabilizar la democracia por el camino de la derecha, amparados en la crisis de los paradigmas. Es imposible pensar desde el miedo, porque el miedo solo produce y reproduce la lógica de la reacción (*Unidos*, 1989: 8).

Desde el punto de vista ideológico, Cafiero, Álvarez y en general toda la *Renovación*, reclamaron revitalizar la Tercera Posición, pues allí se expresaban principios esenciales del peronismo y no una mera perspectiva coyuntural del mundo. A juicio de Álvarez, la Tercera Posición tenía una visión estratégica de los valores y los vínculos que regulan los comportamientos del individuo con la sociedad y el Estado en un contexto capitalista nacional. El desafío de *Unidos* y la *Renovación* pasaba por lograr articular con eficacia esa idea con un discurso democrático moderno, pero sin perder cohesión ni despegarse demasiado de la tradición peronista. Pero construir una propuesta coherente y atractiva en ese filón no era tarea sencilla, pues en lo concreto tal transformación implicaba el reemplazo o desplazamiento de las figuras más anquilosadas de la dirección nacional del Movimiento:

La Tercera Posición es el núcleo del Justicialismo y el sustento de la construcción de un nuevo orden que se irradia al campo filosófico, político, económico y social, conformando el ideal de una nueva sociedad como síntesis de las luchas y como realización de los anhelos y esperanzas de la mayoría del pueblo (*Unidos*, 1984: 7).

8. Reflexiones finales

Por un lado, esa suerte de semejanza o falta de contraste respecto del alfonsinismo y, por otro, la crítica feroz hacia el interior del peronismo, fueron negativamente asimiladas por muchos peronistas que veían en Alfonsín un opositor e incluso un enemigo liberal, de ideología extranjerizante y antinacional, y a sus seguidores como un séquito de social-demócratas e intelectuales provocadores que buscaban la división del peronismo para poder dominar. Cuando la galopante crisis económica y militar puso al gobierno radical en sus más bajos niveles de aceptación, los sectores peronistas golpeados y pauperizados vieron en la *Renovación cafierista* no solo una continuidad liberal, sino también una amenaza a la unidad peronista. Esta interpretación habría inclinado la balanza a

favor de Menem, un líder del interior del país portador de un mensaje esquemático, con un lenguaje mundano, directo y sin referencias ideológicas confusas. Es decir, Menem elaboró una propuesta inclusiva y atenta no solo a la heterogeneidad de intereses que convivían en el peronismo, sino sobre todo atenta a incluir a los sectores que se veían amenazados por la *Renovación*. Al legitimar su acceso a la candidatura presidencial mediante internas, y tras relevar a buena parte de la conducción más cuestionada, Menem capitalizó el proceso de autocrítica que se venía desarrollando y colocó nuevamente al peronismo como opción de gobierno.

El fracaso de la *Renovación cafierista* y el posterior agotamiento de sus ideales nos permiten inferir que en el peronismo aún no habían madurado las condiciones para limitar la desconfianza o la mirada peyorativa e instrumental de la democracia, entendida como sistema tramposo y útil solo a los sectores dominantes; por cierto, una mirada anclada y heredada del propio Perón. El meollo del fracaso de la *Renovación* radicó, tal vez, en su incapacidad para elaborar un ideario democrático diferenciado de la ortodoxia, pero con la suficiente equivalencia para ser identificado, sin ninguna duda, como peronista. La imposibilidad de *Unidos*, en cuanto vocero de la *Renovación*, fue no poder dejar de expresar una perspectiva compleja y eminentemente intelectual de la política y la democracia.

El proyecto renovador que encarnó *Unidos* era, quizá, demasiado ambicioso y ajeno, no solo para la interpretación libre de las tradiciones y los márgenes de lo decible en las filas peronistas de la época, sino para su lógica de construcción de poder. El proyecto renovador requería de un partido plenamente instituido, dotado de mecanismos estables, éticamente transparentes y aptos para la competencia electoral periódica, y no un movimiento disperso, cambiante y de perfil populista, plebeyo y clientelar. El proyecto renovador reclamaba algo que las redes de alianzas e intereses de entonces no permitían. Es decir, los renovadores no solo estaban en desventaja respecto de la identidad hegemónica, sino también respecto de los resortes fácticos y las redes de sustentación de poder a escala nacional. De modo que los objetivos con los que nació la *Renovación* en Capital Federal y los zonas urbanas de clase media en el Gran Buenos Aires, perdieron fuerza en el devenir y en la trama de alianzas que supo tejer Menem en el interior del país, y a las que pronto él, desde la cúspide del PJ y el gobierno del Estado, imprimió una nueva impronta.

Bibliografía citada

- ABOY CARLÉS, Gerardo (2004). «Parque Norte o la doble ruptura alfonsinista». En: NOVARO, Marcos (comp.). *La historia reciente. Argentina en democracia*. Buenos Aires: Edhasa, págs. 167-198.
- ALTAMIRANO, Carlos (2001). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temas.
- (2007). *Intelectuales*. Bogotá: Norma.

- (2013). «El momento alfonsinista». *PoliHis*, año 6, núm. 12, págs. 10-19.
- BOBBIO, Norberto (1984). *El futuro de la de democracia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BRACHETTA, María Teresa (2007). «La Renovación Peronista. Promesa y decepción del Peronismo en los 80». En: *XI Jornadas Interescuelas de Historia*. Mesa núm. 80. Tucumán.
- CAVAROZZI, Marcelo (1997). *Autoritarismo y democracia (1955-1996). La transición del estado al mercado en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel.
- CLOSA, Gabriela (2006). «Crisis, renovación partidaria y transformaciones políticas en el peronismo de Córdoba». *Astrolabio*, septiembre, núm. 4. Disponible en: www.astrolabio.unc.edu.ar/articulos/partidospoliticos/articulos/closa.php (consulta: 21/12/2014).
- ESCHER, Federico (2007). «La imposibilidad hegemónica: La revista *Unidos* frente a la interna peronista durante la transición democrática en la Argentina (1983-1985)». En: *IV Jornadas de Jóvenes Investigadores IIGG*. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Universidad de Buenos Aires.
- FERRARI, Marcela (2013). «Eduardo Duhalde antes del duhaldismo. Trayectoria individual y transformaciones partidarias (1983-1991)» *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/65243> (consulta: 03/01/2015).
- GARATEGARAY, Martina (2010). «Peronistas en transición. El proyecto político ideológico en la revista *Unidos* (1983-1991)». *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/60126> (consulta: 10/08/2014).
- GARGARELLA, Roberto; MURILLO, María Victoria, y PECCHENY, Mario (comps.) (2010). *Discutir Alfonsín*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- GERCHUNOFF, Pablo, y LLACH, Lucas (2000). *El ciclo de la ilusión y el desencanto*. Buenos Aires: Planeta.
- GILMAN, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- JAMES, Daniel (1990). *Resistencia e integración*. Buenos Aires: Sudamericana.
- LESGART, Cecilia (2013). «Democratización de la democracia». *Estudios*, Córdoba, Centro de Estudios Avanzados, núm. 29, págs. 13-34.
- O'DONNELL, Guillermo; SCHMITTER, Phillippe, y WHITEHEAD, Laurence (comp.) (1988). *Transiciones desde un gobierno autoritario*, vol. 4. Buenos Aires: Paidós.
- ORTIZ, Ricardo, y SCHORR, Martín (2006). «La economía política del gobierno de Alfonsín: creciente subordinación al poder económico durante la década perdida». En: PUCCIARELLI, Alfredo (coord.) (2006). *Los años de Alfonsín*. Buenos Aires: Siglo XXI, págs. 291-333.
- PALERMO, Vicente, y GARCÍA DELGADO, Daniel (1983). «Participación política y estabilidad democrática». *Revista Unidos*, julio, año 1, núm. 2.
- PATIÑO, Roxana (2006). «Revistas literarias y culturales argentinas de los 80: usinas para pensar una época». *Ínsula. Letras argentinas*, núms. 715-716, págs. 137-149.
- PONZA, Pablo (2013). «*El Club de Cultura Socialista* y la gestión Alfonsín: transición a una nueva cultura política plural y democrática». *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, febrero. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/65035> (consulta: 10/08/2014).
- PUCCIARELLI, Alfredo (2006). *Los años de Alfonsín*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- SOSNOSWSKI, Saúl, y PATIÑO, Roxana (comp.) (1999). *Una cultura para la democracia en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.
- TARCUS, Horacio (2007). *Catálogo de Revistas Culturales Argentinas (1890-2006)*. Buenos Aires: CeDinCi.

- TCACH, César (2013). «El bisturí de la memoria en la democracia argentina». *PolHis*, núm. 12, págs. 39-45.
- VOMMARO, Gabriel (2008). *Mejor que decir es mostrar. Medios y política en la democracia argentina*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional / Universidad Nacional General Sarmiento.

Fecha de envío: 17 de noviembre de 2014
Fecha de aceptación: 3 de febrero de 2015